

# EL MUNDO DEL ESPEJO

Un día, estaba en mi casa frente al espejo cuando, de repente, mi propia imagen me empezó a hablar:

-Te necesitamos. El mundo del espejo se está desmoronando.-me dijo mi imagen-.

Estaba desconcertada. ¿Cómo iba a hablarme mi propia imagen?. No era posible, esto no podía ser real. Estaba soñando, seguro.

-¿Quién eres tú?-le pregunté, con asombro-.

-Soy la guardiana del mundo del espejo y he adoptado tu forma.

-¿Eres real? ¿No estoy soñando?

-Sí soy real y esto no es un sueño, es muy cierto, te necesitamos.

Estaba confusa, pero la única opción que me quedaba era ayudarlos.

-¿Cómo voy allí?

-Te abriré un portal y podrás pasar a través del cristal.

Y dicho esto, tocó mi espejo y de éste surgieron unas ondas. Metí la mano en el cristal y después el cuerpo. Sentí como si desapareciera y volviera a aparecer. De repente, me encontré en un mundo totalmente desconocido con una selva enorme llena de plantas nunca vistas. Yo estaba aturdida debido al viaje a través del espejo y no sabía cómo, cuándo <sup>ni</sup> dónde debía actuar. De repente mi imagen apareció de nuevo y me dijo:

-Dentro de esa selva está la respuesta de cómo salvar el Mundo del Espejo. Allí te esperarán muchos peligros y deberás tomar decisiones importantes. Vamos, entra y no pierdas tiempo porque este mundo se está derrumbando. Buena suerte y recuerda: *Ningún lugar es seguro.*

Me quedé pensativa <sup>o</sup> preocupada por la amenaza que suponían las palabras que el espejo había pronunciado. ¿Qué peligros me esperaban? ¿Podría yo superar esos peligros? ¿No sería mejor volver a mi mundo traspasando de nuevo el espejo? No sabía qué hacer, pero sentía curiosidad y unos deseos irrefrenables por salvar el mundo, un mundo que estaba amenazado por serios peligros. No podía ser egoísta, debía intentarlo y, si fallaba, <sup>al</sup> al menos me quedaría la satisfacción de haberlo intentado. No lo pensé más y puse manos a la obra.

# Sobre la tierra de los suspiros

Me adentré en el frondoso paisaje y empecé a caminar y caminar. No sabía lo que tenía que buscar, pero seguro que lo encontraría. Después de un largo periodo andando, decidí acampar. Busqué leña y piedras para hacer un fuego. De pronto, recordé que no tenía comida, pero, inesperadamente, encontré una alforja junto a mí y, cuando la abrí, descubrí que llevaba comida y agua. Comí y bebí sin pensármelo dos veces, y, sin darme cuenta, me quedé dormida. Me desperté debido a un extraño ruido: era una mezcla de un aleteo y del repiqueteo del galope de un caballo.

De pronto, ante mi asombro, apareció ante mí un elegante pegaso que parecía decirme algo. Entendí, de momento, que me invitaba a montar sobre él y así lo hice. De repente la selva desapareció y ante mis ojos atónitos se abrió un nuevo paisaje. Eran ciudades como las que yo conocía con casas, carreteras y jardines, pero, lo que llamó <sup>mi</sup> atención <sup>era</sup> es que los tejados de las casas parecían de vidrio y a través de ellos yo podía contemplar lo que ocurría dentro de ellas. Vi, entonces a niños y niñas

alegres, divertidos, jugando con los juguetes que les había llevado Papá Noel, aquella navidad, ante la mirada satisfecha de sus padres. En las mesas se veían jugosos manjares: carne, pescados, dulces, mazapanes, turrónes y miles de golosinas. En las calles, niños que competían con sus bicicletas y sus patines nuevos, así como pequeños que se divertían con sus camiones de juguete y niñas con sus preciosas muñecas.

El pegaso dio un giro y a toda velocidad me condujo hasta un nuevo paisaje completamente distinto al anterior. Aquí no había casas, sino chozas hechas de paja y niños muy delgados, de color negro que parecían tener hambre porque metían sus manitas en una especie de cubo de barro y chupaban una pasta blancuzca como si fuera el mejor de los manjares. Los pequeñines intentaban mamar colgados del pecho de sus madres.

Ningún juguete ni golosina de ningún tipo aparecían por allí. Muy triste comparé los dos paisajes sin comprender <sup>por qué</sup> por qué unos eran tan felices y otros tan <sup>desgraciados</sup> desgraciados, <sup>por qué</sup> por qué la navidad no era igual para todos los niños del mundo. No sabía qué hacer, pero algo había que hacer para evitar esa desigualdad.

Llevábamos largo tiempo volando cuando el pegaso se paró. Exhaustos llegamos a un lugar que parecía tranquilo. Íbamos a detenernos a descansar cuando vimos algo brillar. Eran unas piedras brillantes similares a diamantes que iluminaban aquel lugar. De golpe, supe qué hacer. Ése era el corazón de la guardiana del mundo. Se había fragmentado debido a que, a través de los espejos, veía a los niños que tenían hambre y solo una niña y un niño podía unir sus fragmentos. Con la magia del pegaso y mi corazón debíamos unir todas las piedras. Un haz de luz salió de nuestros corazones y las unimos. Aquel lugar empezó a iluminarse cada vez más y apareció la guardiana de aquel mundo tan extraño:

-Enhorabuena, lo <sup>has</sup> habéis conseguido, te estamos muy agradecidos. Te elegimos porque tu corazón alberga una gran esperanza y necesitábamos esa fuerza para poder unir nuestro corazón con el de una niña humana, y así poder llevar la esperanza y la alegría a todos los niños del mundo.

Hasta pronto, jamás pierdas tu sonrisa, tu esperanza y tu valor.

Y dicho esto me encontré de nuevo frente a mi espejo. Estaba muy contenta, había conseguido salvar un mundo.